

# Historia y filosofía en una guagua

—• Por José Rubinos Ramos •—



La guagua va como siempre: abarrotada.

Una ancianita que mira con ojos de cansancio pero velados de suave amabilidad, va de pie como vamos la mayoría de los fardos humanos.

Varios filósofos nos hablan de la “llenura” como señal característica de nuestro tiempo. Todo está lleno, nos dicen: los ómnibus, los tranvías, los teatros y las universidades.

Que me perdonen los filósofos. La señal de nuestro tiempo es, no la llenura sino la vaciedad. Todo está vacío comenzando por los estómagos y terminando por la cabeza. Lo que pasa es que la vaciedad se infla. Es la rana que quiere abultar como el buey. No es el mundo el que resulta pequeño; es que nos inflamamos, es que no sabemos colocarnos o nos obligan a colocarnos mal. Los acomodadores del gran teatro del mundo son pésimos.

Pero no salgamos de la guagua. Va atestada. Tiene veintidós asientos y medio y, para los que vamos de pie, una elástica e ilimitada capacidad.

La ancianita sigue de pie. La belleza de las ancianitas es la bondad. Y la bondad de esta ancianita es una bondad radiante, limpia, sonriente. Sabe que es anciana y lo sabe ser. Hay ancianos que son siempre jóvenes por dentro aunque por fuera se marchiten y arruguen. No suspira angustiada ni protesta airada con los ojos porque nadie de los que van repantigados y arrellanados en los asientos, sea fino y obsequioso con ella. Ha visto y vivido mucho, y sabe que las hidalguías humanas envejecieron con más prisa de lo que ella envejeció. La caballerosidad es cosa ya de la arqueología. Por eso no pide nada. Casi parece pedir perdón porque yendo de pie puede estorbar a los que van sentados. Así es esta ancianita.

Un asiento va a quedar vacío. Aquel señor que ha puesto sus dos manos sobre el respaldo del asiento de delante y ha silbado se va a bajar. Suena un ruido de timbre seco y malhumorado. El señor se levantó, mejor: iba a levantarse cuando uno de los que están de pie y no cercano, alzando de modo increíble una pierna y moviéndola como si fuese el tentáculo y

cuerpecillo de un insecto, logró quedar sentado en el mismo instante en que el señor que se apeaba se levantó. La ancianita que estaba la más próxima al asiento y había intentado sentarse, vio que ya era tarde. Miró con mirada honda y suave al conquistador del asiento y nos miró a todos y sonrió.

Prescindo de que es una mujer y de que es una ancianita; yo no sé si hay alguna norma o ley, dada por la costumbre, sobre el orden y primacía de los que van de pie, para ocupar los asientos que libres quedan, pero creo yo que el asiento vacío debe corresponderle, no al que lo conquista por la fuerza, sino al que más cercano a él está. Así lo pensaba yo y así lo pensaban los demás que de pie iban. Sus miradas lo decían.

Me puse con detención a examinar a aquel ejemplar humano. Era un cabal egoísta. Los egoístas viven nada más que para sí. ¡Si parasen ahí! Pero lo terrible es que quieren que los demás vivan para ellos. Sus comodidades son la suma de las incomodidades de los otros. Los egoístas son los verdaderos insociables.

Y observándole, lo vi por dentro: la cara del egoísmo vino de dentro para fuera a cubrir su rostro. Y lo vi como si fuera uno de los caprichosos monstruos de Goya, que pintó a los hombres brutales con arte más brutal todavía. Lo vi chorreando egoísmo; lo trasudaba su entrecejo; rezumábase por las mejillas; lo inyectaba los ojos; se desbordaba de sus labios; lo vertían sus orejas. La monstruosidad de su egoísmo borraba su rostro de hombre.

Lo miraba yo de hito, y él hubo de reparar en ello y me dijo:

- ¿Qué me mira? ¿Tengo yo algo?

- Nada, nada... Es que colecciono tipos...

No respondió. Mi frase pareció que le dejaba atarugado mentalmente. Hacía esfuerzos para deglutirla.

Cuando me apeé, la viejecita seguía sin sentarse y el egoísta deglutía, deglutía...



**José Rubinos Ramos**, (La Coruña, Galicia, España, 1898-Miami, 1963). Sacerdote jesuita, periodista, ensayista, narrador, poeta, periodista y profesor. Tras recibir la orden sacerdotal y ejercer su misión pastoral en Colombia y en Ecuador, llegó a Cuba aproximadamente en 1928. En el Colegio de Belén, de La Habana, impartió clases de literatura, fundó la Academia Gertrudis Gómez de Avellaneda y dirigió la revista *Belén*. En la Universidad de La Habana obtuvo el Doctorado en Filosofía y Letras en 1942. Fue miembro correspondiente de la Academia Cubana de la Lengua, miembro de Honor de la Real Academia Gallega e integró la Academia Nacional de Artes y Letras. Colaboró en diversas publicaciones periódicas cubanas y escribió con mucha frecuencia en el *Diario de la Marina*. Entre sus obras se encuentran *Lope de Vega como poeta religioso* (1935), *La naturaleza y el alma de Cuba* (1949), *Covadonga; epopeya en XV gestas* (1950) y *Nuevos ensayos y artículos* (1959). En septiembre de 1961, al igual que más de un centenar de sacerdotes católicos, fue expulsado de Cuba por las autoridades revolucionarias en la nave *Covadonga*. Entonces se estableció en Miami. Artículo tomado de *Diario de la Marina* Año CXXI Nro. 299. La Habana, 22 de diciembre de 1953. p. 116.

